

SEMBLANZA Jesús Romero Samper

Hoy, en 1995, hacer una semblanza de Ramiro Ledesma supone un difícil reto y, a la vez, una grata esperanza de intentar, una vez más, dar a conocer la obra del fundador de las JONS. El principal gravamen lo constituye lo ignoto de su obra durante ya casi sesenta años; silenciada por el anterior régimen en pos de la herencia ideológica de otros cofundadores del NacionalSindicalismo, e interesadamente sepultada con la democracia bajo el epitafio de una supuesta *pérdida de vigencia histórica*, precisamente por su talante antisistema. La ocasión, en cambio, ofrece la oportunidad de salvar un poco más esa ignorancia, demostrando la plena validez y actualidad de los escritos políticos de Ramiro.

No hay, con todo, mejor y más completa semblanza que el detallado estudio de lo escrito por Ramiro. Digo estudio que no mera lectura, porque comprender al fundador jonsista no es del todo posible sin conocer la historia y los problemas del momento. Leer sus textos es tarea que más vale afrontar con cierta serenidad y frío raciocinio, no con el apasionamiento propio de los idólatras que pasan por sus líneas como sacerdote por sus dogmas.

La formación matemática y filosófica de Ramiro fue sentenciada, breve y concisamente, por Ortega y Gasset: “*no han matado a un hombre, han matado una inteligencia*”. En efecto, en muchos textos de Ramiro se observa el clásico esquema aristotélico:

1º. *quaestio* (planteamiento de una cuestión); 2º. *disputatio* (argumentación); 3º. *sententia* (conclusión).

Es notorio el peso matemático de su formación intelectual, patente en la exposición clara y diáfana, en la exactitud del análisis, en la esquematización de los puntos, en ese encadenamiento sucesivo de razonamiento de menos a más, en fin... en el dominio de la lógica. La retórica no tiene cabida en sus escritos. Y en cuanto a la formación filosófica, baste recordar su profundo conocimiento de las principales escuelas, su traducción del alemán de *Introducción a la filosofía matemática* —de Walther Brand y Marie Deutschbein—, su devoción por Martin Heidegger, su crítica al krausismo de Sanz del Río,...

La formación de Ramiro revela, en su definitivo paso a la acción —finales de los años 30—, el temperamento revolucionario. Pero no el sentido marxista y, en consecuencia, limitado a *agitador de barricadas*. En Ramiro reconocemos el espíritu luchador y combativo del anarca —que no anarquista— exaltado por Ernst Jünger en la figura del *waldgänger*, reconocedor de principios como la disciplina y la moral de guerra. Este carácter beligerante se manifiesta en toda la trayectoria del Partido, especialmente con el proyecto de promover una acción armada en noviembre de 1934, poco después de los sucesos de Asturias y Cataluña. Quién sabe si, de haberse llevado a cabo dicha acción, los trágicos sucesos que habían de desencadenarse dos años después no habrían tenido lugar. Ramiro imprime ese carácter rebelde hasta en sus últimos momentos, en esa inmolación que tanto nos recuerda al *seppuku* de Yukio Mishima (véase su novela *El sello de la muerte*); arrebatada a la muerte el sentido trágico, confiriéndole un halo de gloria absolutamente wagneriano.

Ramiro fue, como vemos, un luchador solitario que supo contagiar el espíritu inconformista a toda una pléyade de jóvenes descontentos. Pero en su figura también reconocemos el semblante autónomo del combatiente en sí, por la propia supervivencia, por la consecución de sus metas. Y lo hacemos al repasar sucintamente su propia biografía. A los quince años aprobó unas oposiciones al Cuerpo Técnico de Correos, trasladándose a Madrid. A los diecinueve publica una novela. Mientras trabaja, estudia simultáneamente Ciencias Matemáticas y Filosofía y Letras. Autodidacta nato, visita asiduamente la Biblioteca del Ateneo. Practica deportes poco frecuentes por entonces por estos pagos como el esquí o el motociclismo.

En cuanto a la validez, no ya ideológica (incuestionable), de los juicios de Ramiro, resulta del todo plena. Primeramente, si los analizamos en su contexto histórico. Segundo, si advertimos que bastantes de los problemas políticos con los que se enfrentaba la España de los años treinta vuelven a plantearse hoy. Quisiera acabar estas líneas testimoniando esta vigencia con algunos extractos de los juicios de Ramiro. Juzgue el lector si pueden o no

trasladarse a la actualidad.

“Si las juventudes están disconformes con lo que encuentran, no tienen necesidad de justificar con muchas razones su actitud.”

(Discurso a las juventudes de España, 1935.)

“Los separatismos tienen su mejor guarida en la vigencia constitucional... Sostenemos, pues, que la unidad española no puede ser litigada ni discutida en los comicios.”

(JONS, nº 5, 1933. “Las consignas electorales”).)

“Han puesto los cimientos de un Estado monstruoso que traiciona la unidad nacional de España, burla el interés revolucionario de las masas y se desliga de todo servicio a los propósitos de ambición nacional y de justicia que reclaman hoy las juventudes.”

(JONS, nº11, 1934. “Los problemas de la revolución NacionalSindicalista”).)

“... éstas son para nosotros las clases:

capaces contra ineptos,

laboriosos contra vagos,

generosos contra ramplones,

animosos contra cobardes,

patriotas contra descastados,

y todos los españoles contra los grandes especuladores y prestamistas.”

(La Patria Libre, nº 2, 1935. “¿Lucha de clases?”.)

[El presente texto, ha sido extraído de la publicación *Resistencia*. Revista alternativa para una juventud militante, Logroño, nº 3, octubre de 1995, p. 8 – 9]

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»

>SECCIÓN SOBRE RAMIRO

>DOCUMENTO N. 38